

REVISTA
LECTURAS

**CRISTINA TIENE UN SECRETO
MORIRÁS CAGANDO**
por Simón Henao

Simón Henao · Bogotá · 2011

Cristina tiene un secreto

La noche, profunda, entraba por la ventana.

-¿Y si te dijera que yo incendié esa casa?

Cristina, con la cabeza de Flavio recostada en sus rodillas, entrelazaba el pelo duro y rígido en sus dedos, golpeando suavemente la cabeza de su marido con el anillo de matrimonio. Un chal blanco le cubría los hombros y la espalda. Su pelo, oscuro, caía a un costado de su rostro. A su lado, a pocos metros, en uno de los rincones de la habitación, sumergido en la cuna, el bebé de ocho meses dormía en silencio. Flavio, con los ojos entrecerrados, suspiraba con cada caricia que recibía.

Llevaban dos años viviendo en esa pequeña casa, rodeada de alcaparros, cerezos y saúcos. La casa se la habían asignado a Flavio cuando le dieron el trabajo de vigilante de la reserva que, diez kilómetros adentro por el camino de tierra, se extendía hasta el final del valle, en el inicio de la cordillera. La lesión en su ojo derecho y la cojera de su pierna izquierda lo habían dejado impedido para seguir prestando servicio en el cuerpo municipal de bomberos. Le habían dado una medalla y una pequeña pensión, le habían tomado fotos que publicaron en algunos diarios locales, y lo habían ayudado a conseguir el puesto de vigilante. Flavio, por todo esto, se sentía afortunado.

- ...que yo inicié el fuego cuando ellos estaban durmiendo?

La luz amarillenta de la lámpara chocaba con las paredes blancas de la alcoba. Las sombras de los objetos sobre la mesa (portarretratos, floreros, payasitos de cristal) se reflejaban sobre la pared junto a la silueta sombreada de los cuerpos de los esposos. La mano de Cristina se detuvo repentinamente sobre la cabeza de Flavio, mientras ella recordaba, como en un ensueño, la noche del incendio. - ¿Y si yo te dijera que no soportaba más su avaricia, su silencio, su vejez? Y que su muerte me hizo la mujer más feliz del mundo-. Los muros ennegrecidos y en ruinas de la casa grande en el centro del pueblo, apenas a tres casas de la iglesia, el calor abrasador que, incluso ya con el fuego reducido a cenizas, seguían emanando los restos carbonizados de madera de la casa destruida. Los

gritos de los vecinos, los pedidos de auxilio, la sirena rechinante del carro municipal de bomberos, el humo, el dolor en la cabeza. El desmayo. Cristina volvió a entrelazar sus dedos en el pelo rígido de su marido y siguió recordando: los bomberos que entran a la casa y la sacan, la casa que sigue cayéndose a causa del fuego incontrolable, el estruendo del techo contra el piso, la llegada al hospital, la confusión, el sueño profundo en que cayó. Al día siguiente del incendio fueron a contarle a Cristina el saldo trágico de la noche anterior: uno de los bomberos, por intentar rescatar a los ancianos, había perdido un ojo y se había fracturado una pierna; la casa, absolutamente destruida, ningún objeto quedó a salvo; la pareja de ancianos, sus patrones, muertos, incinerados, hechos ceniza.

Flavio, ya entredormido, se inclinó hacia su derecha para acomodarse mejor. Cristina aprovechó el movimiento para salir de su ensueño y advertirle que ya era tarde y que el bebé no demoraba en despertarse para pedir comida. Retiró su mano de la cabeza del esposo y levemente, casi al unísono, él del piso y ella de la silla, se fueron poniendo de pie. Afuera, la noche, con su oscuridad y su murmullo, se apropiaba de todo. Adentro, en la casa, como quien dice, una aureola de alegría y de amor, parecía envolverlos. Entre la cuna empezaron a oírse los sollozos del bebé. Cristina, sin apuro, fue hacia el rincón para levantarlo entre sus brazos y caminó de vuelta a la silla frente a la ventana, mientras Flavio, aún adormilado, buscaba en el fondo del armario la escopeta. No tardarían en pasar a buscarlo para llevarlo al puesto de vigilancia de la reserva. Cristina descubrió su pecho y empezó a amamantar al bebé. Flavio, al ver por la ventana las luces del carro que se acercaban, dejó la escopeta recostada a la puerta y, antes de salir, volvió cojeando hacia el rincón y se inclinó para besarlos. Cristina, sin dejar de mirar al bebé, acomodándose el chal sobre sus hombros, respondió al beso con otro beso. La puerta se cerró finalmente, rechinando.

- ¿Y si te dijera que fui yo la que incendió la casa?

Morirás cagando

Él iba, el perro venía. O el perro iba y él venía. El perro no era muy gordo, tampoco muy flaco. Él, en cambio, era decididamente flaco. Se toparon casi a la mitad de la cuadra, frente a un alto portón de pintura verde descascarada. Espontáneamente, el perro cambió su rumbo y rozándolos con su pelaje blanco, se acopló al ritmo impuesto por los largos pantalones marrones que él llevaba puestos. La calle, a esa hora, estaba desierta. Una luz blanca daba forma sobre la puerta grande de metal de la farmacia, en la esquina. Sólo el perro y él, ahora juntos, atravesaban la avenida, hacia el centro.

Habían avanzado dos calles cuando él, acostumbrado ya a la presencia del perro, empezó el relato. La voz aguda salía de su boca silenciosamente, casi como si hablara para sí mismo. Las palabras apenas llegaban, echas ruido, murmullo, a las orejas levantadas del perro. La historia, más o menos resumida, decía esto:

Que un hombre vive solo en el monte. Es, sin saberlo, una suerte de ermitaño. Con los años, por su casa alejada de rutas y caminos, empiezan a cruzar algunas tropas. En ocasiones son de un bando, en ocasiones son del otro. No faltan, aunque más esporádicamente, los que pasan diciendo que son de un tercero. Van y vienen, sin cruzarse entre ellos, y él, sin mayor disgusto, les sirve alguna de sus gallinas o les llena sus cantimploras con agua fresca y hasta les brinda leche que ha ordeñado en la mañana. Años pasaron así en los que pocas semanas terminaron sin haber tenido visitas de este tipo. Si no era el lunes era el martes; si no era el jueves, era el sábado. Y si no, el domingo. Una que otra vez no vino nadie, tal vez por la tormenta, tal vez por ser feriado.

A la larga, el hombre se acostumbró al paso de las tropas, sin preocuparse de qué bando eran los unos, de cuál eran los otros. Hasta que dejó de distinguirlos, y empezó a confundir a los unos con los otros, a los otros con los unos, y se le fueron difuminando sus rostros, sus uniformes, sus acentos; sus nombres se voltearon de uno al otro lado y todos se volvieron de los mismos. Los unos empezaron a ser los otros, los otros empezaron a ser los unos. Todos eran para él simplemente extraños. Cuando los oía venir por algún

lado del monte y salía resignadamente a buscar la gallina para esa noche, ya estaba esperando profundamente que se fueran.

Una tarde que volvía de recolectar leña para la noche, encontró a cuatro dentro de su casa. Nunca los había visto antes. Tenían todo reburujado: los cajones de la despensa tirados en el suelo; la mesita de noche, en donde tenía una lámpara para iluminarse antes de dormir, estaba bocabajo, sin una de las cuatro patas; la ropa, toda hecha una montonera, hacía bulto sobre la cama destendida. De ahí en adelante todo fue a los gritos. Lo agarraron y lo amenazaron. Lo amarraron a una silla, le hicieron preguntas. No le pegaron. Nunca le pegaron. Las cuerdas con las que tenía atadas las manos empezaron a apretarle las muñecas. Horas después ya no las sentía. Sus dedos colgaban por su espalda, rojos, morados, grises.

Y éstos dele y dele con la preguntadera. Entran y salen. Van y vuelven. Entran. Preguntan. Vuelven. Salen. Vuelven. Entran y preguntan. Y el hombre no sabe qué responder, cómo responder, desde dónde responder. Unas horas más tarde y con el susto carcomiéndose su cuerpo, el hombre se orina encima. Todo lo que siente es un calor tremendo, su humedad. La orina baja por su entrepierna hasta formar un charco en el suelo. Le comienzan a picar los muslos. Pide, sin que le oigan, que lo desamarren para rascarse. El calor aumenta. Se le viene encima el desespero. Uno de los cuatro, el más bajito, lo nota en su rostro y se acerca para preguntarle a los gritos qué le pasa. El hombre murmura. Lo desatan. Se rasca un muslo. Se rasca el otro. Y aprovecha, por una determinación que un segundo antes no se le había pasado por la cabeza, un descuido para salir corriendo. No alcanza a cruzar la puerta. El más grande, el que con más fuerza le había gritado, lo detiene por la espalda. Le da la vuelta y de un solo tirón lo deja sentado de nuevo en la silla, con los pies sobre el charco de su orina. El hombre cae inconciente, no por el golpe sino por el miedo. Cuando despierta, ya no tiene solamente atadas las manos (sus dedos vuelven a ponerse rojos, morados, grises), sino que además, la cuerda con la que suele amarrar la leña le da tres vueltas por el vientre, inmovilizando su tronco, apretándolo. Presionándolo. Exprimiéndolo. El dolor es tan fuerte que ya no siente nada. Afuera, la noche empieza a refrescar. Los cuatro que van y que vienen, que entran y que

salen, caminan de un lado para otro de la casa. Miran sus relojes y se acercan al hombre para preguntarle con mayor insistencia. Le hablan fuerte, desde cerca. Él sigue sin saber qué responder, cómo responder. Ya está oscuro, afuera. Adentro apenas una lámpara (la de la mesa de noche) está prendida. Los cuatro salen, entran, van y vienen, nerviosos. Hablan entre ellos. Salen de nuevo y callan. Sólo se oyen las chicharras. El hombre respira agitado, con miedo. Su estómago no aguanta más. Tiene que cagar. Murmura algo que nadie alcanza a escuchar. Silencio. Chicharras. El hombre vuelve a murmurar, esta vez con más fuerza. Inútil, nadie lo escucha. Los cuatro están afuera. Silencio. Chicharras. De repente se oyen disparos. Cada vez más y más y más disparos. La cuerda alrededor de su vientre lo presiona cada vez más. Su estómago se inflama, a punto de estallar. Chicharras, disparos. Silencio. La presión aumenta. La cuerda continúa exprimiéndolo. Ya no puede más. Se caga. Chicharras, chicharras, sólo chicharras se escuchan. Después, silencio. Ya no se oyen más los disparos. Silencio. Unos minutos más tarde, entre las chicharras, oye voces que gritan, alejándose. Oye voces y chicharras hasta que sólo quedan las chicharras. La presión de su estómago se reduce. Ya no es tanta. Siente, después de todo, un alivio. Sus manos, sin embargo, siguen colgando, atadas, de su espalda.

El perro se detiene en el mismo instante en que el hombre detiene su relato. Se rasca con la pata una de sus orejas y sale, de improviso, corriendo, atravesando la calle sin preocuparse si vienen o no vienen carros. El hombre sigue caminando, despacio. No sabe todavía para dónde va.

SIMÓN HENAO JARAMILLO (Bogotá, 1980). Poeta y cuentista, estudió Literatura en Colombia y en Argentina. Ha publicado poemas, cuentos y ensayos en algunas revistas colombianas, argentinas y mexicanas. Actualmente realiza estudios de posgrado en Literatura Latinoamericana en Buenos Aires.